

televisión y el compacto interactivo, estos jóvenes nacidos hacia 1970 son impenetrables a la literatura. Los mensajes se han reducido para ellos a información, es decir, justamente, a aquello que la literatura como tal nunca ha hecho.

Ya Alvin Kernan en 1990 sostuvo que la literatura había muerto. Quizá simplificó la fórmula y, en rigor, quiso decir que había perimido la institución social de la lectura literaria. Literatura habrá mientras alguien la escriba, contestaría Perogrullo. Pero el enfoque kernaniano que recoge Birkerts es otro: «La literatura y los valores humanos que asociamos con ella han sido despreciados y han resurgido en una forma degradada. No se han extinguido, pues nuestra cultura siempre necesitará aparentar que los tiene en cuenta, pero han sido convertidos en algo seguro, nostálgico e irrelevante».

En compensación, el mundo académico emprendió, sobre todo a

partir de los años sesenta, una suerte de cruzada de hiperlectura, acumulando sobre los textos unas densas metodologías de lectura que acabaron sofocando el texto mismo y poniéndolo también al margen, por el camino contrario al anterior. Paradójicamente, por exceso se consigue lo mismo que por defecto: que un alumno de literatura se aleje de la lectura literaria, el único lugar donde la literatura existe (existe, no es: discurre, vive, se repristina, hace como si empezara de nuevo).

No por novedoso sino por consabido, precisamente, el libro sobre los libros de Birkerts nos renueva en nuestra melancólica contemplación finisecular: nos alejamos de la galaxia Gutenberg a medida que nos acercamos a las galaxias de esa conjetura, el cosmos.

B.M.

Los libros en Europa

Artículos, Relatos y Otros Escritos, Blas J. Zambrano, introducción, edición y notas de José Luis Mora, Badajoz, Diputación Provincial, 1998.

La historia del pensamiento español ha tenido la desgracia de verse afectada desde sus orígenes por enfoques procedentes de disciplinas aledañas, que han contribuido notablemente a desfigurar su correcta visión, cuando no a minusvalorarla. Se han concitado en este caso diversos aspectos de peculiar índole. En primer lugar, ha prevalecido una concepción idealista y carlyliana sobre el sujeto de la historia que, como en todo saber humano, ha proyectado su influencia a la hora de plantearse el objeto historiable. Pero así como en otros campos de la ciencia histórica, esta metodología ha tiempo que fue superada por distintas tendencias, que pusieron de relieve su simplificación analítica y su escasa rentabilidad explicativa, en el ámbito filosófico académico, salvo raras excepciones, tanto en lo que concierne a los manuales al uso como a la mayoría de los docentes, se ha permanecido al margen de esta renovación. Sólo siguen interesando «las grandes figuras», los «grandes héroes del pensamiento», que parecen surgir por generación

espontánea, sin mediación alguna, y que andan siempre colocados en devotos pedestales como únicos protagonistas del desarrollo intelectual.

Sobre esta aberración metodológica, a todas luces obsoleta, se ha impostado asimismo el prejuicio reduccionista de lo que debe ser «la verdadera filosofía». Este paradigma, como no podía ser de otro modo, tiene como principal referencia la conocida frase de Heidegger de que la filosofía es un asunto de griegos y alemanes. El valor de la producción filosófica de los demás países se mide en función de su proximidad a las altas y convencionales cumbres germanas. A veces resultan ridículas las discusiones para determinar si tal o cual pensador latino puede ser considerado «filósofo» o no. En diversas ocasiones, algunos hispanistas alemanes me han mostrado su perplejidad ante este singular fenómeno. Y no es para menos. Nunca se ha debatido con rigor el sentido que esta importación intelectual tiene, habida cuenta de que se trata de una filosofía que solamente alcanza su auténtico significado en su propio contexto, tan distinto del nuestro. Sin embargo, nuestra comunidad filosófica, por llamarla de algún

modo dada su invertebración y su autismo, apenas se ha interesado por semejante cuestión.

Estas reflexiones me las ha provocado el presente y valioso estudio de José Luis Mora en torno a la vida y obra de Blas Zambrano. La aportación primordial del concienzudo trabajo del profesor Mora radica precisamente en esto: en la ardua reconstrucción de la biografía y obra de un autor que hasta ahora sólo sonaba a los historiadores del pensamiento español como «el padre de María Zambrano». El libro cuenta con una amplia introducción, excelentemente documentada, donde se analiza, de manera sugerente y certera, la peripecia vital y la obra de don Blas, seguida de una recopilación de sus escritos, tarea ésta meritoria, que ha debido costar al compilador numerosas horas de archivos y hemerotecas, pues la obra zambraniana se hallaba dispersa en diversas publicaciones periódicas, ubicadas en las ciudades donde transcurrió su vida (Granada, Vélez-Málaga, Segovia, Madrid), además de los manuscritos que se conservan en la Fundación Zambrano.

Nueve años mayor que Ortega, diez más joven que Unamuno y de la misma edad que Maeztu, Machado y Baroja, Blas Zambrano se nos presenta ante todo como un hombre del 98, con los que comparte también el viaje de la periferia a Castilla. Aunque con perfiles personales

y específicos, hallamos en Zambrano rasgos característicos del pensamiento liberal de la época: el acceso a la acción política desde instancias morales, el énfasis en la pedagogía como vehículo de renovación del país, las preocupaciones regeneracionistas, la defensa de una educación integral, que nos recuerda el «humanismo integral» de Giner, la crítica del reglamentismo y de la concepción burocrática del saber, de la que España parece incapaz de desprenderse.

En el ámbito más estrictamente filosófico, Blas Zambrano se esfuerza por superar e ir más allá del racionalismo positivista. En este sentido, su pensamiento se mueve claramente dentro del marco de la crisis de la racionalidad positiva, y desde esta incitación arriba a una postura harto interesante y enriquecedora. Como señala acertadamente J. L. Mora, «el papel conferido al lenguaje y al arte (experiencia estética en el sentido de Croce), concretado en la poesía como lenguaje originario y creador, no sólo anticipa sino que deja orientado lo que será la razón poética de María Zambrano» (pág. 24).

Destaca igualmente en el pensamiento de Blas Zambrano su «fuerte aspiración a la unidad». De nuevo nos topamos con el monismo como una de las constantes más tenaces de la mentalidad liberal. Menéndez Pelayo la convirtió en obsesión a la hora de historiar los

heterodoxos españoles. Y es que no se trata de una posición gratuita o arbitraria. Todo lo contrario: obedece a una necesidad teórica fundamental. De un lado, el monismo, bajo sus distintas formulaciones, aparece como la única manera de integrar la racionalidad moderna con las vivencias espirituales y religiosas, a las que estos hombres no estaban dispuestos a renunciar; de otro, representa un intento de reconstruir de modo armónico, aunque sólo fuera en el plano mental e ideal, la realidad y la sociedad profundamente escindidas y desgarradas que les tocó vivir.

En la tumba de Blas Zambrano figura como único y escueto epitafio la siguiente inscripción: «D. Blas Zambrano, maestro». Era una época en la que se tenía muy clara conciencia del papel cotidiano del maestro como artesano de una sociedad civil sana y robusta. Zambrano combatió siempre la moral del éxito a toda costa. Por eso, ante el proceso de modernización que España vive desde los años 60, lleno de desajustes, dominado por el economicismo y por un aluvión de cambios mal digeridos, y, sobre todo, huérfano de una moral social operativa, creo que es muy oportuno recuperar esta tradición liberal, que siempre abogó por la transformación del país desde una perspectiva global e integradora. La investigación de Mora nos ayuda eficazmente a conocer mejor esa

compleja situación histórica de la España del primer tercio del siglo XX siguiendo la trayectoria de «un componente muy notable de ese tejido intermedio que toda sociedad necesita y sobre el que sobresalen, antes y después, otras figuras que consideramos más sobresalientes».

Diego Núñez

Kant y el ornitorrinco, *Umberto Eco*, traducción de *Helena Lozano Millares*, Lumen, Barcelona, 1999, 488 pp.

Volviendo a sus obsesiones mayores, Eco retorna a las fuentes medievales que tanto le cunden: la querrela de los universales entre realistas y nominalistas. Así, vuelve a preguntarse: ¿qué significa un signo? ¿qué relación hay entre signos y referentes? ¿qué cosas pueden nombrarse y cuáles no, para que aquéllas sean decibles?

Estas preguntas, circulares, envuelven otra de las aficiones de Eco: los diccionarios, las enciclopedias, la clasificación del mundo. Desde luego, las relaciones entre las palabras y las cosas (que sólo son cosas, del todo, cuando las nombran las palabras) plantean las relaciones entre las palabras como cosas. Lo que llamamos mundo es, entre otras cosas, ese sistema de cosas llamadas palabras. Con lo que damos en el metalenguaje, es decir, en la verdad.